

Antagonismo y revolución: una lectura axiológica de un discurso de Roberto Fernández Retamar

Alejandra Gabriele

La humanidad no progresa lentamente, de combate en combate, hasta una reciprocidad universal en la que las reglas sustituirán para siempre a la guerra; instala cada una de estas violencias en un sistema de reglas y va así de dominación en dominación (Foucault, M., *Nietzsche, la genealogía, la historia*).

Nos proponemos a través de este trabajo llevar a cabo, a modo de ensayo, el análisis de un discurso latinoamericano. Se trata del texto de Roberto Fernández Retamar, *Nuestra América y Occidente*, que abordaremos desde los supuestos categoriales aportados por la teoría del discurso, a partir de las ampliaciones metodológicas realizadas por Arturo Roig y en el marco de la Historia de las Ideas Latinoamericanas, con el objeto de desentrañar las estructuras ideológicas del texto a través de un análisis de las formas y funciones del discurso.

Procedemos a partir del universo discursivo (totalidad discursiva actual o posible) en el que se inserta *Nuestra América y Occidente*. Ello supone, a su vez, la inserción de los discursos en una totalidad social que determina sus peculiaridades. “Ese ‘universo’ es expresión, manifestación o reflejo de las contradicciones y de la conflictividad que son propias de la realidad social” (Roig, A., 1984, 1). En este caso en particular, se trata de un texto producido por un cubano, en la Cuba post-revolucionaria, finalizando la década del setenta. Esto determina

también una línea discursiva en la que se organiza de una manera determinada el “sistema de discursos referidos”, que de acuerdo con la definición de Voloshinov, “es el discurso dentro del discurso, enunciado dentro del enunciado, y al mismo tiempo discurso acerca del discurso, enunciado acerca del enunciado” (Cfr. Voloshinov, V., 1976; Roig, A., 1993, 112). Se trata de observar de qué modo se lleva a cabo la asimilación de otro discurso, si se lo elude o se lo excluye.

Por esta misma complejidad y vastedad del “universo discursivo” al que pertenece el texto a analizar, debemos delimitar el trabajo. Siguiendo a Arturo Roig, consideramos que “es posible ‘leer’ lo ideológico en el texto mismo, y en particular en sus modalidades formales” (Roig, A., Op. cit., 109), atendiendo a la presencia de lo axiológico en que se manifiesta la naturaleza conflictiva de la realidad social. Para ello analizaremos el texto en cuestión desde las “funciones narrativas”, las “funciones del lenguaje comunicativo” y las “funciones sociales del discurso”, ampliadas sobre la base de una crítica de la teoría del mensaje y la teoría narrativa.

Así, la “función narrativa” y la de los actantes permiten mostrar lo ideológico en la medida en que reconozcamos que el nivel en que se desarrolla la narración es el axiológico. Por lo tanto, la narración y el actante dependen de la duplicidad de lo valorativo: “El actante, en cuanto sujeto narrativo, no encarna indistintamente este o aquel valor, sino que su función la cumple respecto de un valor o de un anti-valor determinados, y de modo excluyente” (Roig, A., 1984, 15). De este modo surgen dos discursos que manifiestan la oposición valor/anti-valor, es decir, *discursos antitéticos*. En palabras de Roig: “todo discurso supone, real o virtualmente, el discurso antitético” (*Ibidem*, 15). Cuando dicho discurso se construye invirtiendo la jerarquía de valores de un discurso por la jerárquica contraria, hablamos de “anti-discurso” o de “discurso en lugar de...”; y cuando la inversión axiológica se realiza a través de una crítica superadora de los valores antitéticos, estamos frente a un “discurso contrario”.

Ampliando las “funciones del lenguaje comunicativo” señaladas por Jakobson, se distinguen dos funciones que complementan el esquema de la comunicación: la “función de historización / deshistorización” y la “función de apoyo”. Ambas permiten “denunciar modos formales del discurso que son de naturaleza ideológica” (*Ibidem*, 13). La “función de historización / deshistorización” se presenta como un juego de ocultamiento del carácter histórico de los discursos privilegiando unos discursos sobre otros en el “sistema de discursos referidos”. También la “función de apoyo” oculta el carácter histórico del discurso apoyando el mensaje en otro al que se concede un valor absoluto.

Las “funciones sociales del discurso” se constituyen en el uso discursivo que se haga de la temporalidad. De este modo, si se privilegia el presente estamos frente a una función de integración; si el privilegio es por el pasado, la función es apocalíptica; si el acento está puesto en el futuro dando lugar a un discurso otro, se trata de la función utópica.

Previamente nos referiremos al contexto del autor y su obra para introducirnos luego en el análisis propuesto.

Roberto Fernández Retamar (1930) es poeta y ensayista cubano, gran conocedor e intérprete del pensamiento de José Martí. El texto que analizaremos fue publicado por primera vez en el año 1976 en la *Revista Casa de las Américas* 98 en la Habana, bajo la dirección del mismo Fernández Retamar. Luego en México, en 1978.

Nuestra América y Occidente pretende circunscribir la problemática latinoamericana en el marco histórico signado por el desarrollo del “mundo occidental”; contexto en el que nuestra América participa desde el lugar del explotado para la construcción del poder del explotador: Occidente.

Fernández Retamar sitúa su discurso en el contexto de influencias políticas e intelectuales originado por la Revolución Cubana. Desde allí analiza la realidad latinoamericana en función de un proyecto emancipador que se ha originado en el seno mismo de dicha Revolución y que aspira a expandirse por toda Latinoamérica. Esto evidencia en el discurso el “deseo de

transformar” la realidad, propio del discurso filosófico-político marxista. (Greimas propone dos categorías clasificatorias del discurso filosófico, movidas por lo que denomina “deseo de conocer” y “deseo de transformar”, respectivamente) (Cfr. Greimas, A. J., 1973; Roig, A., 1984, 10).

Para que el proyecto emancipador se pueda llevar a cabo hay que deslindar y definir el ámbito histórico de nuestra América en confrontación con el mundo occidental. Así, Fernández Retamar va desenmascarando la historia de Occidente y su relación con nuestra América, a través del análisis de las diversas expresiones del pensamiento latinoamericano que han planteado el problema. Relación que relega a Latinoamérica a su condición de explotada, utilizada como mero instrumento para el desarrollo del mundo occidental.

Se trata de la “toma de conciencia” de nuestra América (manifiesta en la denominación del ámbito propio) cuyo antecedente más significativo lo hallamos en el proyecto bolivariano, a partir del cual esta idea ha estado en expansión.

Como José Martí, Fernández Retamar prefiere la denominación *Nuestra América* a la de América Latina, a pesar de considerarlas sinónimo por la significación que la última ha cobrado en los últimos años. América Latina “incluye no sólo pueblos de relativa filiación latina, sino también otros, como los de las Antillas de lengua inglesa y holandesa, más bien alejados de tal filiación; y, por supuesto, los grandes enclaves indígenas. En este sentido amplio emplearemos la expresión” (Fernández Retamar, R., 1978, 6). En cambio, *Nuestra América* queda a salvo de las interpretaciones restringidas a lo meramente etimológico.

El autor apela a categorías marxistas, tales como “toma de conciencia”, “capitalismo”, “proletariado”, “negatividad histórica”, para encarar el momento descriptivo del análisis. Esto se evidencia no sólo desde el lugar que suponemos ocupa un intelectual en la Cuba revolucionaria, sino en la explícita apelación a Marx a la hora de caracterizar el surgimiento del mundo capitalista:

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros; son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Esos procesos idílicos representan otros tantos *factores fundamentales* en el movimiento de la *acumulación originaria*. (Karl Marx citado por Fernández Retamar, R., Op. Cit., 9).

América Latina queda situada en el lugar de explotación para el desarrollo del mundo occidental, vinculada, en consecuencia, a la misma historia, signada por la lógica dicotómica de relaciones tales como metrópoli-colonia, civilización-barbarie, explotador-explotado, dominador-dominado: “desde los orígenes mismos de lo que iban a ser tanto ‘el mundo occidental’ como ‘la América Latina’, que se desarrollan a la vez, dialécticamente enlazados, a partir del siglo XVI” (*Ibidem*, 10).

En términos discursivos, Fernández Retamar presenta su trabajo de manera tal que hace suponer que estamos frente a un discurso antitético, esto es, frente a una inversión de valores como la antítesis explotador-explotado, que corresponde respectivamente a Occidente y Nuestra América. Sin embargo, esta antítesis remite sólo a la descripción del contexto histórico en el que se situará el análisis que realizará el escritor cubano.

Lo antitético del discurso consiste en lo que Occidente nos ha legado como tradición cultural: las reglas de juego del mundo capitalista, las cuales suponen antagonismos, en este caso entre explotador y explotado, metrópoli y colonia. Frente al legado puede ocurrir que se considere al sujeto receptor del mismo un “ente pasivo que deja de ser propiamente el sujeto de su propia cultura, para constituirse en un mero soporte de ella” (Roig, A., 1981, 46). Es el caso de las burguesías nacionales nacientes en nuestros países luego de las guerras de independencia, preocupadas por constituirse como el “Occidente de ultramar”, conservando lo antitético de Occidente en la formulación arquetípica *civilización-barbarie*. Burguesías que en

palabras de Fernández Retamar, “dan de a ratos la impresión pirandelliana de ser pensadores burgueses en busca de su burguesía nacional” (Fernández Retamar, R., Op. cit., 21).

Esta antítesis es tal mientras la América Latina, desde su situación de explotada, permanezca enajenada. En la medida en que tome conciencia de su condición, irá superando dicha antítesis, “en el interior del mundo occidental nuestro destino es ‘de simples colonias’, y nuestro porvenir exige salir de ese mundo” (*Ibidem*, 40). Esto implica una transmutación de valores como la que lleva a cabo Calibán en *La Tempestad* de Shakespeare, personaje reinterpretado por el mismo Fernández Retamar como representativo de nuestra América. Calibán ha recibido a cambio de su sometimiento la lengua de Próspero, el conquistador, como legado. Pero descubre que la lengua legada, no sólo es un instrumento de servicio, sino que puede transformarse en un instrumento de liberación, entonces la utiliza para maldecir a su dominador. De manera semejante, la transmutación está presente en *Nuestra América* de Martí: “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores” (Martí, J., 1964, vol. 6, 15 a 23).

En *Nuestra América y Occidente*, no sólo se realiza una inversión de valores, sino que estamos frente a un discurso crítico en vistas a una propuesta superadora de la mera antítesis:

... cuando el discurso antitético se organiza sobre la base de una determinación crítica de los supuestos del "discurso opresor", no mediante una simple inversión valorativa, sino mediante una fundamentación axiológica superadora, hablamos de "discurso contrario" (en el sentido de "discurso liberador" propiamente dicho) (Roig, A., 1984, 15).

En este sentido podemos afirmar que *Nuestra América y Occidente* es un discurso contrario. Parte de una profunda crítica de los supuestos contradictorios que fundamentaron los procesos de modernización, es decir, la occidentalización de América Latina.

Dicho proceso se desenvuelve en tres momentos en los que se hará presente una dialéctica contradictoria entre las voluntades independentistas y los intereses burgueses dentro de los movimientos emancipatorios, que a su vez implican diferentes maneras de plantear las relaciones entre nuestra América y el mundo occidental. Los hitos que señalan los tres momentos son: la independencia haitiana entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, las independencias de las colonias ibéricas en el siglo XIX, y la primera independencia cubana finalizando el siglo XIX. La visión crítica de estos momentos desenmascara las políticas occidentales tanto las del propio mundo occidental, como las de las burguesías latinoamericanas en su intento desesperado por pertenecer al mundo “desarrollado”.

En estos tres momentos emancipatorios se va constituyendo el sujeto latinoamericano en una progresiva toma de conciencia. La emergencia de la otredad comienza con el “descubrimiento”, acontecimiento frente al cual los aborígenes que pudieron sobrevivir sabían inequívocamente que ellos eran otra cosa que el mundo occidental, como así también los “indígenas importados”, los negros esclavizados. En cambio, los descendientes de europeos tardarán años y contradicciones en sentirse distintos. Así se va construyendo la compleja identidad del hombre americano:

A la dramática otredad del indígena –y de aquel, lleno de futuro, a quien Martí llamará “el mestizo autóctono”– viene a sumarse la relativa otredad del criollo. Que ella es relativa, lo revelará el siglo XIX, al final del cual Martí podrá hablar con toda justicia del “criollo exótico” (Fernández Retamar, R., Op. Cit., 15).

La primera posibilidad concreta de ruptura se da con la Revolución Haitiana. Acontecimiento que Fernández Retamar pretende rescatar del olvido situándolo como inicio de la independencia de nuestra América. Su característica extraordinaria consiste en tratarse de una revolución de esclavos victoriosa que logra abolir la esclavitud. Sin embargo en esta revolución, como lo veremos en las distintas revoluciones independentistas,

“Se revela ... de manera ejemplar, la contradicción entre admirables ideas de Occidente y la praxis de ese mismo Occidente”. (*Ibidem*, 17). Efectivamente, Toussaint L'Ouverture¹ recurrió a las ideas igualitarias, anticolonialistas y antiesclavistas, emblemáticas de la Revolución Francesa en ascenso, contra Napoleón, representante y heredero de aquella revolución, quien con sus tropas consolidó el colonialismo y la esclavitud en Haití.

En el caso de la independencia de las colonias iberoamericanas durante el siglo XIX, las contradicciones se dan en el interior de las burguesías nacionales. El legado de Occidente está instalado en el patriciado criollo. Los deseos de desvincularse de España y Portugal no son otra cosa que la urgencia de liberarse de naciones atrasadas, acomodarse a los esquemas de las naciones avanzadas para, por fin, organizarse en forma de naciones modernas y así ser definitivamente Occidente.

Pero la ruptura está instalada en la conciencia del sujeto de nuestra América. Nuevamente la antítesis, esta vez entre dos rostros. Por una parte, el del americano que está separado de Europa sólo por una contrariedad geográfica: el océano Atlántico, aunque Andrés Bello interpreta esta ubicación como obra protectora de la Providencia que:

... nos ha separado del resto de la humanidad; comparemos a la Europa y a nuestra afortunada América con los sombríos imperios del Asia [...] o con las hordas africanas en que el hombre [es] apenas superior a los brutos (*Ibidem*, 23).

Por otra parte, aquel que lucha por destacar la autoctonía americana en busca de su propio rostro. Decía Simón Bolívar:

Nosotros somos un pequeño género humano [...] no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles (*Ibidem*, 21).

Dentro de esta antítesis, en la identidad del sujeto americano, podemos observar distintas estructuras axiológicas que

1 Toussaint L'Ouverture (1744–1803): patriota y mártir haitiano, de raza negra. Se puso al frente de una sublevación de negros y a causa de sus campañas de rápido movimiento recibió el sobrenombre de L'Ouverture (apertura).

nos permitirán volver a distinguir un discurso antitético y un discurso contrario. Así, el discurso de aquellos americanos que se reconocen como europeos cristaliza la antítesis. El ejemplo paradigmático es la conceptualización sarmientina “civilización y barbarie”, en la cual *civilización* es nada menos que el término con el que Occidente se nombra a sí mismo y *barbarie* constituye el anti-valor, lo no civilizado, lo no occidental, “las persistentes y originales realidades americanas”. Sin dejar lugar a dudas, Juan Bautista Alberdi, en *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, lo expresa claramente: “En América, todo lo que no es europeo es bárbaro; no hay más división que ésta: 1° El indígena, el salvaje; 2° El europeo, es decir, nosotros...”. (*Ibidem*, 25). Estos discursos no dejan lugar alguno para una posibilidad superadora de la dicotomía antitética.

Por otro lado, aquel que busca su identidad en el rostro diverso de nuestra peculiaridad americana, parte de una crítica tendiente a desenmascarar el valor y el anti-valor atribuidos a la dicotomía *civilización y barbarie*. El pensador chileno José Victorino Lastarria denuncia el marco económico de las relaciones entre Europa y América Latina:

El interés industrial domina desde entonces completamente la vida del europeo en América, y por larga que sea aquí su mansión, jamás llega a comprender los intereses sociales y políticos del pueblo en donde hace su negocio, y siempre está dispuesto a servir sólo a su negocio [...] He ahí el único lazo que hay entre la Europa y la América íbera. He ahí el único interés que los gobiernos europeos amparan y protegen [...] el único que los inspira en sus relaciones con los gobiernos de la América que ellos llaman bárbaros y salvajes (*Ibidem*, 27).

En palabras de otro chileno, Francisco Bilbao, observamos la contradicción característica de este segundo momento en el proceso de modernización de América Latina, al que podemos denominar “civilizatorio”, dadas las preocupaciones de las burguesías del siglo XIX. Nos dice Bilbao:

... estas viejas naciones que se titulan grandes potencias dicen que civilizan, conquistando. Son tan estúpidas, que en esa frase nos revelan lo que entienden por civilización (*Ibidem*, 29).

En estas críticas hay una afirmación del sujeto latinoamericano desde la actitud misma de denuncia que implica una toma de posición como un “otro” diferente del europeo “civilizado” y del americano alienado. Es decir, que estamos frente a una instancia superadora en la que emerge la conciencia del sujeto que llevará a cabo el proyecto emancipador de nuestra América.

La independencia de Cuba respecto de España constituye ya una lucha en un terreno más complejo aún. Los intereses económicos del mundo occidental sobre América Latina, y su consecuente explotación, constituyen junto con los avances del “Occidente Americano” sobre el territorio latinoamericano, un nuevo colonialismo que supondrá conservar los atributos formales de la independencia de nuestros países.

Señala Fernández Retamar, a propósito de este neocolonialismo que como nuevo occidente muestra su contradicción discursiva en su accionar sobre Latinoamérica:

Hablar desde entonces de la América Latina y el mundo occidental, será hablar de nuestra relación con los Estados Unidos: la nación que en 1776 proclamara, por vez primera en América, su derecho a la independencia y realizara una gran revolución anticolonial, y apenas un siglo después despuntaba como el nuevo amo de los países de la otra América (*Ibidem*, 31).

Cuba deberá luchar contra el viejo y el nuevo imperialismo. Las palabras de José Martí se erigen como la voz de la lucha anticolonialista, característica fundamental de este tercer momento que se va transformando a través del discurso y de la acción emancipadora en el primer momento del proceso que conducirá a la segunda y verdadera independencia, desde la mirada de Fernández Retamar.

Decía Martí en una carta a Manuel Mercado el 18 de mayo 1895, la víspera de morir en el campo de batalla:

... impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se

extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América [...] impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que nos desprecia [...] Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: -y mi honda es la de David (*Ibidem*, 31).

A medida que nos acercamos a aquella instancia superadora que nos depara el futuro, los antagonismos van desapareciendo. Fernández Retamar comienza por superar, desde el discurso de José Martí, aquellas antítesis que desgarraban la conciencia del sujeto latinoamericano. La dicotomía sarmientina tiene su instancia superadora en el "mestizo autóctono" martiano. La antítesis histórica también comenzará a superarse desde el discurso martiano:

Frente a los servidores obsecuentes de la supuesta "civilización", Martí subraya con energía la especificidad de nuestra historia, y la necesidad de que ella sea abordada con un pensamiento nacido de esa realidad (*Ibidem*, 33).

Desde este deslinde de la realidad de Nuestra América en la historia del desarrollo del sistema capitalista y de la consiguiente toma de conciencia del sujeto latinoamericano, sitúa Fernández Retamar la propuesta emancipadora, que ha dado comienzo con la Revolución Cubana, primer momento del verdadero proceso independentista de América Latina, anticipado ya en 1889 por José Martí en la Primera Conferencia Panamericana de Washington:

... de la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora [...] urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia (*Ibidem*, 30).

En este momento del discurso se funden la tradición de latinoamericanos que pensaron y actuaron por la emancipación de Nuestra América, es decir, la línea anticolonialista, con el marxismo-leninismo. Este último viene a completar y realizar el

proyecto que se ha venido gestando desde Bolívar y que tomó forma más clara en el reclamo martiano por una auténtica emancipación:

... había que esperar a la inserción orgánica del marxismo-leninismo en nuestra América, varias décadas más tarde, para que su tarea [la de Martí] fuera plenamente entendida y continuada (*Ibidem*, 34).

Estos pensamientos, que Fernández Retamar señala a través de sus autores –desde Simón Bolívar y José Martí, hasta los pensadores del siglo XX tales como José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Ezequiel Martínez Estrada, entre otros–, no significan más que síntomas que anticipan en América Latina el advenimiento de la filosofía política marxista-leninista. Los antagonismos con el mundo occidental encuentran su solución:

... con la aparición en la Europa occidental del marxismo, en la segunda mitad del siglo XIX, y con su ulterior enriquecimiento leninista, ha surgido un pensamiento que sienta en el banquillo al capitalismo, es decir, al mundo occidental (*Ibidem*, 39).

A esta altura de la lectura del texto de Fernández Retamar ya estamos en condiciones de desentrañar la estructura propiamente ideológica del discurso, atendiendo a la función de apoyo y a la función de historización/deshistorización.

En efecto, el discurso de Fernández Retamar está apoyado explícitamente en el de José Martí, como podemos observar desde el título mismo del artículo, hasta las numerosas citas martianas que se constituyen en la voz de Fernández Retamar. De esta manera, al colocarse nuestro escritor cubano en la tradición del pensamiento martiano, está, a la vez, posicionándose históricamente en la línea comprometida con la acción y el pensamiento emancipatorio latinoamericano. Así lo muestra la estructuración de la primera parte del texto, subdividida a partir de los tres momentos revolucionarios independentistas ya mencionados.

Así, el discurso de Fernández Retamar, desde su estructura ideológica, revela con claridad una función de historización, aunque utilizada sólo en el análisis crítico que el cubano hace de la relación de Latinoamérica con Occidente desde el “Descubrimiento” mismo hasta la Revolución Cubana. A partir de este momento, Cuba queda fuera de la historia signada por la explotación, fuera de los antagonismos que atraviesan aún al resto de Latinoamérica. Una vez liberada del dominio de Occidente, se suspende la dicotomía dominador–dominado. En otras palabras, Cuba pasa a constituir la historia “posoccidental” (*Ibidem*, 40). En consecuencia, el proyecto emancipador de Nuestra América consiste en seguir los pasos de la revolución socialista cubana. Asistimos, en este momento del discurso a la deshistorización de la propuesta emancipadora, donde las funciones de apoyo se funden en el marxismo.

La filosofía de la historia marxista fundamenta el trabajo de Fernández Retamar. Herbert Marcuse señala:

El carácter histórico de la dialéctica marxista abarca tanto la negatividad imperante como su negación. La situación dada es negativa y sólo la liberación de las posibilidades inmanentes en ella puede transformarla en positiva. Esto último, la negación de la negación, se efectúa estableciendo un nuevo orden de cosas (Marcuse, H., 1994, 307).

La negación de la situación antagónica que atraviesa la historia de América Latina es posible a través de la acción que los hombres comprometidos con su historia fueron realizando en la construcción del sujeto latinoamericano. Fueron preparando la conciencia para el momento liberador que vendrá de la mano de la filosofía y política marxista pero que “aún no se ha realizado”. Fernández Retamar cita a Augusto Salazar Bondy:

[pero nuestra filosofía] puede ganar su autenticidad como parte del movimiento de superación de nuestra negatividad histórica, asumiéndola y esforzándose en cancelar sus raíces (Fernández Retamar, Op. cit., 43).

Así, nuestro escritor cubano afirma la incompletitud del

proyecto latinoamericano, como el peruano Salazar Bondy afirma la inautenticidad por nuestra condición de dominados. Y sentencia Fernández Retamar:

Sólo aquella perspectiva posoccidental; sólo aquella inserción verdadera de la problemática latinoamericana en el mundo todo permite el abordaje justo del problema (*Ibidem*, 42).

Desde esta posición, el discurso de Fernández Retamar, y en él el discurso marxista-leninista “pretende hacernos caer en la ilusión de que estamos ante el único discurso válido e incluso posible” (Cfr. Roig, A., 1993).

Respecto de la función social del discurso de Fernández Retamar en relación con la temporalidad, observamos que hay un claro privilegio por el futuro, manifiesto en su proyecto revolucionario. Esto es, estamos frente a una función utópica, aunque también podemos hablar de la función integradora, en la medida en que hay un cierto apoyo en el presente originado por la Revolución Cubana que posibilita el proyecto a futuro. Ante el reclamo de Bilbao por “Otro mundo, otro tiempo, otra vida”, Fernández Retamar responde: “Sí, sería otro tiempo –éste– el que haría justicia a Bilbao” (Fernández Retamar, R., Op. Cit., 29). Es decir, que la función utópica, el proyecto a futuro es posible desde un presente valioso que contiene latente un futuro igualmente valioso, esta vez, para todos. En palabras de Fidel Castro: “Lo que ocurre aquí [en Cuba], como ayer ocurrió en el imperio de los zares y en tantos otros pueblos de la tierra, es símbolo del futuro del mundo” (*Ibidem*, 49).

Este “símbolo del futuro del mundo” nos está anunciando el comienzo de un nuevo orden que invierte el orden anterior, es decir, que estamos frente a una inversión de los valores de la dicotomía “explotador–explotado” por los valores de la Revolución, que supone la tarea de expandirla por todo el continente y por el mundo entero, “discurso de los explotados”, “en lugar del discurso del explotador”.

A modo de síntesis conclusiva, es interesante señalar cómo el pasado, el presente y el futuro se constituyen en elementos al

servicio del impacto persuasivo del discurso. Así, el pasado actúa como objeto de análisis crítico, señalando momentos de opresión, dominación, explotación. Denuncia apoyada en el discurso de Martí, como voz representativa de la posibilidad de transformación de las condiciones determinadas por el “Occidente”, y como voz de la conciencia del sujeto diverso latinoamericano que ha comenzado a despertar en la revolución de esclavos negros en Haití, como primer momento histórico, al que seguirán los movimientos independentistas del siglo XIX y la primera independencia cubana. De esta manera queda historizado el pasado, cuya lógica interna está atravesada por la tensión entre la condición de explotados y la conciencia y la lucha emancipatoria.

En la gestualidad del presente, la tensión cede en favor de la emancipación. La segunda Revolución cubana se erige como posibilidad de la emancipación del continente (función integradora). En otras palabras, ahora la tensión entre explotación y emancipación no se da en el interior de una historia común latinoamericana, sino entre una parte de Latinoamérica emancipada (Cuba) y el resto de Latinoamérica aún explotada.

Así va creando el escritor cubano el suspenso necesario y la tensión narrativa que generan en el lector la expectativa de la propuesta que un cubano persuasivo puede darnos desde su Cuba liberada.

Finalmente, la utopía liberadora es depositada en el futuro. Apoyado en Marx, el futuro se presenta como la superación de las tensiones antitéticas y por lo tanto como el único discurso otro posible. No más dominación ni explotación, sino revolución. La conciencia del sujeto latinoamericano torna significativa la denominación que en el pasado aparecía como el intento de una toma de conciencia, en el presente se realiza en la Cuba revolucionaria y se anticipa en el futuro de la América liberada, a saber: Nuestra América. Como decía nuestro ensayista cubano al comenzar este trabajo, a propósito del nombre de *Nuestra América*: “la denominación contribuye a mostrar el grado de conciencia que se tiene de aquello que se aspira a aprehender” (*Ibidem*, 5).

Bibliografía

- Fernández Retamar, Roberto. *Nuestra América y Occidente*, México, Cuadernos de Cultura Latinoamericana, CC y DEL, UNAM, 1978.
- Greimas, A. J. *En torno al sentido. Ensayos semióticos*, Madrid, Fragua, 1973.
- Marcuse, Herbert. *Razón y revolución*, Barcelona, Altaya, 1984.
- Martí, José. *Nuestra América*, en: *Obras Completas*, Vol. 6, La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1964.
- Roig, Arturo Andrés. “¿Cómo leer un texto”, en *Análisis 53-54*, Universidad de Santo Tomás, Colombia, 1993.
- Roig, Arturo Andrés. “La radical historicidad de todo discurso”, Universidad de Santo Tomás, Colombia, 1993.
- Roig, Arturo Andrés. “La teoría del discurso y la investigación de lo ideológico” en *Narrativa y cotidianidad. La obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano*, Quito, Belén, 1984.
- Roig, Arturo Andrés. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Voloshinov, Valentín. *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976.